

28

LA PELÍCULA SELECTA



EL HOGAR DE MADAME
por CLARA KIMBAL

25 CTS.



WORSLEY, Wallace

LA PELICULA SELECTA

Oficinas: «EDITORIAL PEGASO» - Gran Vía Layetana, 23
Teléfono 1496 A.

Año 1

Barcelona, 29 Julio de 1925

N.º 28

El Hogar de Madame

(ENTER MADAME, 1923)

Versión novelesca de la película del mismo título.

CONCESIONARIO: «GAUMONT»

Paseo de Gracia - BARCELONA

REPARTO

«Madame»	Clara Kimball
Roberto Fitzgerald	Elliot Dexter
El Duque de Alvi	Albano Luiz
Beatrice	Mme. Moratini
El Doctor Rugeri	Wedgewood Fowell
El gran Arquímedes	Lionel Belmore
Miss Smith	Ora Devereaux

LOUISE DRESSER

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



I

La ópera Della Scala, en Millán, es uno de los templos más brillantes en el áureo mundillo de la ópera, por su importancia artística y por su fina traza arquitectónica.

La "prima donna" americana que acaba de celebrar su beneficio en la Opera Della Scala, se llama de tres maneras distintas: "Madame", simplemente, para su fiel servidumbre; Lisa Della Ribia, para sus admiradores y la señora de Fitzgerald, para sus relaciones de Nueva York. Lisa, o "Madame", o la señora de Fietgerald, lleva a todas partes la siguiente servidumbre: miss Smith, su secretaria, una yanki de pura raza, seca y rígida; Beatrice, su doncella; el doctor Ruggeri, su médico de cabecera y el gran Arquímedes, una notabilidad en el arte culinario. ¡Ah!, también lleva consigo un perrito, un tití que "Madame" adora.

Uno de los admiradores más fervientes de Lisa, es el duque de Alvi, cuyos rancios pergaminos le abren de par en par las puertas de todos los palacios europeos. Por lo demás, es un título arruinado.

El duque y el doctor Ruggeri, se encuentran al terminar la función. Este dice: -

—Voy a esperar a nuestra ilustre huésped a la puerta del escenario. Después nos encontraremos en los Jardines,—y deja solo al duque.

Sale "Madame" y el doctor la acompaña a los Jardines de Luna, punto de reunión del cosmopolitismo elegante de Milán. Van a cenar allí Lisa, el duque de Alvi y el doctor Ruggeri. Ya sentados a la mesa, el duque pregunta:

—¿Nació usted en Italia, señora?

—No, pero quiero mucho a este país, porque aquí mismo, en Milán, me casé con mi Roberto... Usted, duque, asistió a la boda —afirmó ella.

Luego, abstraída en los recuerdos que se agolpan a su imaginación, exclama:

—¡Pobre Roberto!... ¡Tan lejos y siempre bajando!

Esto se imagina Lisa, pero nosotros hemos de decir que su esposo Roberto Fitzgerald, no pasa el tiempo trabajando, precisamente, sino cortejando a cierta dama, vecina suya, que no es igual. Pero Lisa se

lo imagina así y no hay por qué contrariarla. Vuelve a decir, fija en recuerdo:

—Voy a mandarle un cable. Quiero que participe de mi alegría en esta noche de mi beneficio.

Y "Madame" redacta y hace poner este cable:

"Roberto Fitzgerald: Nueva York. — Estas noches de plata, Roberto querido, me ponen ante los ojos mi desgracia de vivir lejos de ti. Te quiero. Estoy cenando con el duque. Lisa."

El duque se cree en el deber de brindar:

—¡Por mi amigo, el pobre marido ausente!

Terminada la cena, "Madame" regresa a su finca, enclavada en los alrededores de Milán. En el gabinete la esperan varias cartas, entre las cuales hay una de su esposo, que ella abre impaciente, pero con el rostro alegre. Y lee:

"El matrimonio, querida Lisa, sólo se concibe cuando los cónyuges viven juntos. Yo he pasado meses, años, esperando inútilmente tu regreso. Ahora me he cansado ya. Flora Preston, una vecina mía, accede a ser mi esposa, si tú consientes en que nos divorciemos amigablemente... Yo procuraré que nunca te falte nada y que vivas siempre en el plano que mereces vivir..."

Lisa no quiere seguir leyendo; la pena le atenaza la garganta.

Y después de una noche de insomnio, de pesadi-

llas, cuando se cerraban los párpados cansados, entra Beatrice, la doncella, a traerle el desayuno. Entonces Lisa se apercibe de que ya es de día y aun está en vela, recuerda su desgracia y ordena imperativa:

—¡Vámonos a casa hoy mismo! ¡Compra los billetes!... ¡Pronto!

Beatrice sale gritando:

—Un vapor un vapor para "Madame"!... ¡Enseguida!... ¡El primer barco que salga para Nueva York!

Toda la servidumbre se pone en conmoción. Miss Smith telefona a la compañía de vapores correos a Nueva York, el gran Arquímedes prepara el equipaje y Beatrice ayuda a vestir a "Madame".

Cuando Lisa sale ya arreglada al salón, Miss Smith la informa:

—El primer transatlántico no sale hasta dentro de cuatro días, "Madame"...

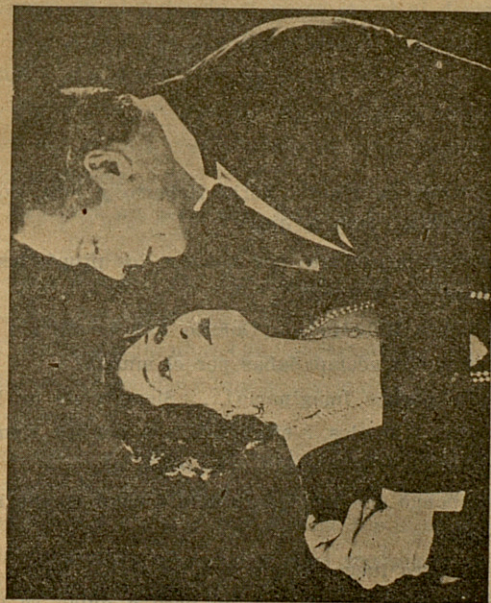
—¡Ha de salir otro antes!... ¡Tiene que salir!—respondió impaciente la cantante.

La miss, aclara:

—Hoy sale un vapor, pero va con cargamento de vacas...

—¡Pues nos iremos con las vacas!—decide "Madame".

Y no hay más remedio que obedecer.



II

Mientras, en Nueva York, Roberto y lora, continúan riéndose. Ella le dice:

—Estoy impaciente por conocer los propósitos de tu esposa... —Y luego:

—¡Pobre Roberto!... ¡Cuánto habrás sufrido con ella cuando la acompañabas por el mundo! —

—¡No puedes imaginarlo!... ¡Siempre de un lado para otro... hoteles... etiquetas... el perrito siempre a cuestras!... ¡Un horror!—respondió él.

—Supongo que tu hijo Juanito querrá mucho a su madrastra...

—Sí, pero luego te querrá más a ti... Es un chiquillo, un poco brusco, eso sí, pero a quien se lleva por donde a uno se le antoje...—asegura Roberto.

En efecto, Juanito Fitzgerald, hijo del primer matrimonio de Roberto, quiere a su madrastra como a una madre y no se le ha ocurrido nunca que su padre pudiera un día prescindir de ella. Juanito tiene

una prometida, Alicia Chalmers, con la que llega a su casa, mientras su padre y Flora prosiguen hablando:

—Yo le escribí a Lisa diciéndole que no le faltará dinero en abundancia si no se opone al divorcio...

—¡Pero, Roberto, ella debe tener mucho dinero!... ¡Con lo que gana!

—En efecto, es una de las cantantes mejor pagadas de Europa, pero todos los años liquida con un gran déficit.

Flora hace un gesto pero Roberto la calma, diciéndole:

—Tan pronto como la cuestión del divorcio esté arreglada, nos casaremos...

Y se sienta junto a ella, abrazándola. Juanito y Alicia los sorprenden. Juanito exclama:

—¡Caracoles!... ¡¡Otra!!

—¿Otra?... ¿Qué quieres decir?... ¿Por qué no llamaste?—le recrimina su padre, y él responde:

—Si hubiera sabido esto, no habría traído aquí a Alicia, para que presenciase tales escenas...

Roberto, instigado por Flora, tiene que explicar a su hijo la clase de relaciones que tiene con ella, para dejar su honor a salvo, y luego añade:

—Estamos esperando, de un momento a otro, el regreso de tu madrastra...

—¿Y piensas divorciarte, no?... ¡Parece mentira que trates de ese modo a la pobre mamá!

—Ya suponía yo que tu hijo tomaría el partido de ella...—se duele Flora.

—Hay que tener en cuenta que es la única madre que ha conocido...—lo disculpa Roberto.

Y entonces su futura le dice:

—Léele los telegramas, para que vea que ella está de acuerdo contigo... y resignada...

Roberto muestra a su hija el primer cablegrama:

“Roberto Fitzgerald: Nueva York. Estas noches de plata, Roberto querido, me ponen ante los ojos mi desgracia de vivir mejor de ti. Te quiero. Estoy cenando con el duque. Lisa.”

—¡Pobrecilla!... ¡Debe de tener el corazón destrozado!—comenta Juanito.

Y lee el segundo cablegrama:

“Roberto Fitzgerald: Nueva York. Al conocer tu decisión huí de la ópera y acabo de refugiarme en un vapor de carga que sale con rumbo a esa. Estoy muy triste. La luna ya no brilla para mí. Lisa.”

Y después, otra aun:

Llegaré vapor “Mongolia”. No odio, ni amo, ni sufro. En mi corazón hay paz para todos. Lisa.”

—¡El “Mongolia” llega esta mañana... tal vez habrá llegado ya!—apunta Roberto.

—Me voy a casa... Luego volveré, cuando todo

esté arreglado,—decide Flora que se marcha, siendo despedida por Roberto.

Mientras, Juanito, ha dicho a Alicia.

—Ya verás como tú querrás a mamá lo mismo que yo... ¡Es tan buena!...

III

Los viajeros fueron llegando. Primero Beatrice, cargada con un sin fin de trastos. Al ver a Roberto sentado, va hacia él y le dice:

—Dispense, señor... pero ya sabe usted que éste es el sillón de “Madame”...

Flora ha mandado una especie de corona fúnebre dedicada a Lisa y al llegar el gran Arquímedes y verla, exclama:

—¡Santa Madonna!... ¿Quién le manda esto a mi “Madame”?

—Es de un amigo... Seguramente ha querido gastar una broma...—se disculpa Roberto, que vé invadida su casa por los sirvientes de su mujer. Luego

el gran Arquímedes, se pelea con el cocinero de la casa.

—¡Soy cocinero, y mi señora no puede comer nada hecho por otras manos que las mías!—asegura el italiano.

—Yo también soy cocinero, y en esta casa no cocina nadie más que yo!—replica el chino que Roberto tiene por cocinero.

—¡“Madame” tiene un estómago delicadísimo y no le sienta bien más que lo que yo le hago...

—¡Y mi señor está acostumbrado a mis comidas y le hacen daño todas las demás!

—¡Pues mi “Madame” comerá de lo mío, aunque se oponga toda la raza amarilla!

Tiene que intervenir Roberto, que ordena:

—Terminemos esta cuestión... Mientras esté aquí la señora, Arquímedes será el cocinero.

A poco llega miss Smith, exclamando:

—“Madame” vendrá dentro de unos minutos... Algunas molestias inevitables en la Aduana...

Entra después el doctor, que previene:

—¡El caldo, Arquímedes!... ¡Ya llega “Madame”!

—¡“Madame” va a entrar!—Y entra la gran artista, que abraza a Juanito, luego a su prometido y les pregunta:

—¿De modo que os queréis mucho?



Dicho esto Lisa, va al encuentro de Roberto que le dice:

—Lisa, siempre es un gran día para mí cuando te dignas volver a esta casa.

—Entonces, y *a pesar de todo*, debo de sentirme contenta de haber venido—afirma ella, que se lamenta:

—¿Por qué estuve fuera tanto tiempo?... El pelo de mi Roberto se ha vuelto gris y Juanito está hecho un hombre... La vida transcurre como un soplo... y yo, embriagada por el sonido de mi propia voz, apenas me dí cuenta de lo que pasaba...

Quiere hablar a solas con su marido y aconseja a los novios:

—“Au revoir”, pequeños... Idos por ahí a conjugar el verbo amar... ¡La vida es para vosotros!

Lisa, cuando han salido Juanito y Alicia echa una ojeada a la habitación y al ver el presente de la futura de su esposo, pregunta a éste:

—¿Me la has traído para mi sepultura?... ¿Tantos deseos tienes de que me muera?

—La ha mandado Flora Preston... la señora de quien te escribí... ¡Como es tan original!...—murmura él, disculpándola.

—Vamos, es un ofrecimiento de paz... Lo único malo es que resulta un poco fúnebre...—dice Lisa,

señalando la paloma disecada que adorna el ramo. Y contesta irónica:

—¿La palomita de la concordia!... Es... ingeniosa, esa señora...

Roberto se esfuerza por sonreír. Ella le interroga, serena ya:

—¿Y tú te alegras de verme?... Sinceramente...

—Tenerte a mi lado es siempre un banquete para mí... Lo malo es que eso sucede tan pocas veces, que me paso la mayor parte de la vida muerto de hambre...—responde Roberto.

—Y, claro está, no quieres pasar más apetito?—apunta Lisa con malicia.

—En efecto... Por eso he decidido variar de alimentación.—Y luego, melancólico:

—Mi vida a tu lado ha sido como un juego muy bonito, muy agradable... pero con demasiadas interrupciones...

Y ahora, es natural, no quieres jugar más... Has llegado al otoño de tu vida; las noches son largas y aburridas... y tú necesitas tus zapatillas y tu sillón al lado del fuego...

Lisa va dejando caer estas palabras pausadamente. Prosigue, con igual deje mordaz:

—En el gran sillón de enfrente se sentará la dama de la palomita... y me figuro, sin ánimo de ofenderla, que le llenará por completo...

—Es exacto ese cuadro familiar... un cuadro que a ti no te atrae ni te ha atraído nunca...—contesta el esposo, Lisa, por encelarlo le dice:

—¡Bien! ¡Bien!... no vale la pena de seguir hablando de estas cosas... Ahora voy a contarte el *verdadero motivo* de mi venida a esta casa... Se trata de una pequeña historia de amor... ¡Creo que yo puedo tener también una historia de amor!... El duque de Alvi desea casarse conmigo...

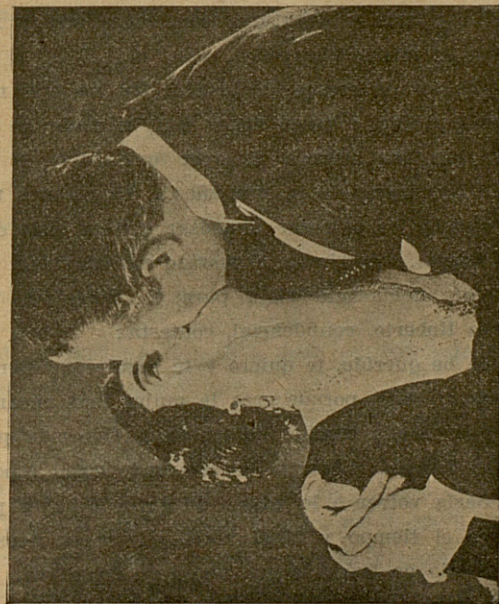
—¿El duque?... Permíteme que te haga el honor de no creerte...—exclama él, sonriendo:

—¿Por qué no vas a creerme?... ¡Soy Lisa Della Ribia, la mujer eternamente joven, la que necesita para vivir poesía, novela, aventura!... ¡Para ti las zapatillas y el rincón al lado del fuego! ¡Para mí, la vida brillante de la artista de ópera!...

—Pero Lisa, no olvides que ese duque es un pobreton que no tiene donde caerse muerto... El no puede sostenerte en el plano en que vives... y yo me niego rotundamente a sostener a un hombre, por muy duque que sea...

—¿De modo que me arrojas de tu lado, como se arroja una cosa inútil?—protesta indignada la gran cantante.

—Eres tú la que te vas... Infinidad de veces te pedí que volvieres a tu casa... a tu hogar, y siem-



pre desoístes mis súplicas para satisfacer tu loca pasión por las aventuras...

Ella, insiste con orgullo:

—¡Soy Lisa Della Ribia, la famosa cantante de ópera!... ¡Amor y Aventura son mis señores y mis esclavos al mismo tiempo!

—¡Frases de escenario, Lisa!... Tú no eres más que una mujer a quien todos han mimado de tal modo, que has llegado a creer que tuyo es tu Dios... Has cumplido treinta años... Ya no eres una niña y deberías empezar a pensar que tu sitio está en tu hogar...—recremina el marido con suavidad.

—¿Soy demasiado vieja para ti, Roberto?

Pero Roberto, confidencial, contesta:

—Te he querido, te quiero y te seguiré queriendo, *a pesar de todo*, porque eres la mujer más encantadora que ningún hombre ha tenido... ¿Que más quieres que haga?... Seguirte considerando como esposa, no... Sería volver a lo mismo de antes y haber perdido yo el tiempo y tú el viaje... Para tí, nuestro matrimonio no fué más que un juego de niños... Un día perdiste el contrato matrimonial, otro día perdiste el anillo de bodas... La misma importancia que a estos símbolos le concediste al amor entre marido y mujer...

—¡Está bien! ¡Tendrás tu divorcio!... ¡Pero nun-

ca te perdonaré lo que acabas de decirme!—exclama Lisa indignada.

Flora Preston llamó por teléfono a Roberto y éste salió, dejando entristecida y celosa a la célebre artista.

IV

A la mañana siguiente, Lisa se despierta y comenta con amargura:

—¡No vino en toda la noche!... ¡Y yo que creía que rompería la puerta para entrar en mi habitación!

Tras los cristales del balcón, ve llegar a su esposo y exclama esperanzada:—¡Es él!—Sí, es Roberto que recibido por el médico de Lisa, le dice:

—Doctor, vengo dispuesto a perdonar y a olvidar... Proporcioneme usted una entrevista con ella...

Pero el doctor se niega a esto y despiade a Roberto. Al enterarse Lisa, pregunta al doctor:—¿Se ha ido?

—¡Pero, por Dios, "Madame", no se ponga así!... ¡Si usted misma dijo que no quería recibirle!—responde el doctor al verla furiosa.

—¡Es que yo no creía que iba a marcharse como un cordero!... ¿No estaba en su casa y no soy yo *todavía* su esposa, para obligarme a hacer lo que le dé la gana?

* * *

Pasaron dos meses. Durante ellos, Roberto llamó casi diariamente a la puerta de su casa, pero Lisa se negó siempre a recibirle, pensando que la separación despertaría su dormido amor. Un día, la miss dijo a su señora:

—El asunto del divorcio de "Madame" está señalado para mañana...

Lisa, se entristece por momentos y su cocinero, que la adora como toda la servidumbre, comenta:

—¡Pobrecita "signora"!... ¡Esto la va a matar!

La papeleta que recibió Lisa del Juzgado, dice:

JUZGADO CENTRAL DE NUEVA YORK

Sra. Lisa Fitzgerald

Petición de divorcio entablada por el Sr. Roberto Fitzgerald. Citación para mañana lunes, a las 11 de la mañana."

Y Lisa, melancólica, se dice:

—¡Ni una sola vez rompió la puerta para entrar!... ¡No me quiere!

Pero la rodean Juanito, Alicia y los criados, y exclama:

—¡Qué consuelo para mí encontrar tan buenos amigos en mi desgracia!

Quiere consolarse y alza su copa:

—¡Bebamos para olvidar las penas!... ¡Que todos beban por... por mi felicidad!

Sin embargo, es una alegría ficticia y vuelve a asomar su pena:

—¡No me quiere, Juanito!... ¡Ya no represento nada para él!

—Mamá, ¿es de verdad que tú quieres mucho a mi padre?—inquire el joven.

—¡Le quiero tanto, que si él me pidiese que dejase mi arte, lo dejaría con gusto por complacerle! Mañana lo veré otra vez... en el juzgado... Me pondré mi vestido negro y todas mis alhajas... las alhajas que él me regaló...

V

Aquel mismo día, antes de que Lisa pueda cambiar su tocado, se presenta Roberto. Ella sonriente, le dice:

—Perdóname que te reciba así... No era éste el vestido que pensaba ponerme para nuestra última entrevista...

—Tú eres quien tienes que perdonarme, Lisa, por lo que dije la última vez que te ví... Pero, reconoce que me volviste loco...—se disculpa él.

—¿La señora Preston nunca te volvió loco?

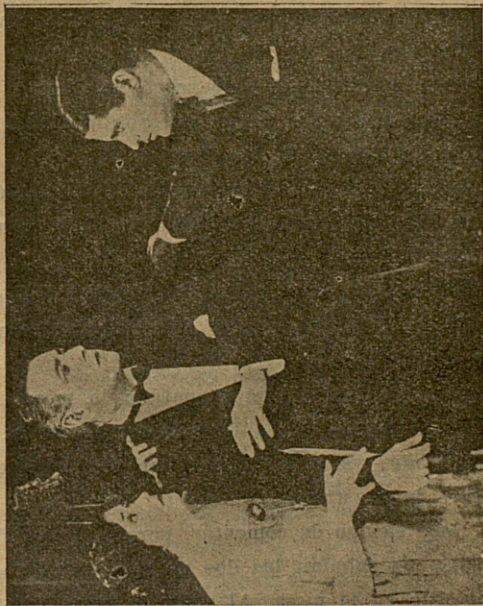
—Para eso se necesita talento de actriz, y ella no lo tiene.

—¡Quién sabe!... El talento de una mujer no está siempre a la vista...

El no recoge estas palabras. Se pone meloso y le dice:

—¿Sabes que hoy te encuentro más joven y más guapa que nunca?

Los interrumpe el gran Arquímedes, que trae una



gran bandeja en alto y exclama, mostrándola:—¡El pavo de la paz! Roberto comenta.

—¡Trufas... setas... macarrones!... ¡Qué rico debe de estar!

—Ven a cenar conmigo...—y trae a tu... novia—lo invita Lisa.

Roberto, admirado de este rasgo, le dice:

—¡Lisa, eres una mujer extraordinaria!... No hay ninguna que pueda igualarse a ti!

—Anda a buscar a tu prometida... y no tardéis...—repite ella. Y cuando Roberto sale, Lisa anuncia a su servidumbre:

—¡Mi marido viene a cenar conmigo!... ¿No es maravilloso? Y traerá consigo a la señora que va a ser su esposa...

Una hora después, está preparada la mesa. Lisa habla con Juanito, que ha llegado con su novia:

—Tu padre va a traer a cenar con nosotros a tu futura madrastra...

No tiene tiempo de comentar, porque llegan Flora y Roberto. Se saludan las dos mujeres y todos ocupan su sitio en la mesa. Al venir el gran Arquímedes el primer plato, dice:

—¡Trufas!... En esta tierra no saben prepararlas... "Romeo" y yo las cogemos siempre en mi huerto de Italia... A él le gustan con delirio, pero cuan-

do encuentra una, le doy un porrazo en los hocicos y se la quito...

—Muy bien. ¿Y ese Romeo quién es? ¿Su hijo?—pregunta Flora.

—No, señora: mi cerdo.

—¡Qué nombre tan romántico para un cerdo!

—A él le gusta mucho, señora... Así se distingue de los demás cerdos, que no tienen nombre. A mi vaca la llamo "Aida" y a mi buey "Rigoletto"...—explica el cocinero.

A los postres, el doctor Ruggieri, brinda:

—¡A su salud, "signor" Roberto! ¡Hoy volvemos a beber juntos, como bebimos en tantos puntos del globo!... ¡Londres... El Cairo... Madrid!

—Sí, era una bonita vida... Si no fuese por el perrito y los equipajes...—comenta Roberto. Flora habla con Lisa:

—Roberto me ha contado algo de una novela de amor, en la que actúa usted de protagonista... Creo que piensa usted casarse con un duque...

Lisa, que tiene el proyecto de desavenir a su esposo con su "futura", replica:

—Es la primera vez que oigo hablar de semejante asunto, *querida* amiga...

Después, al decirle la miss que su empresario, el señor Weissman desea saber si acepta el contrato

para América del Sur... responde, siguiendo su táctica por reconquistar a Roberto:

—¡Mañana saldremos para Buenos Aires!

Luego de este paréntesis, siguen los brindis:

—¡Por la Vida, esta loca carrera en la que triunfa siempre el más astuto o el más fuerte!—brinda Roberto.

—¡Por mi marido!... y por la futura esposa de mi marido!—brinda Lisa.

Alguien propone:

—Vamos a ejecutar la "Canción del Yunque"!—Pero Lisa, dice:

—Dispensen ustedes... pero hay muchas cosas que arreglar aún antes de la salida del vapor...

Comienzan las despedidas y la gran cantante, uniéndolas a las cabezas de Juanito y Alicia, les dice:

—¡Que vuestro amor aumente cada día, hijos míos... que nunca os veáis obligados a separaros mientras haya una chispa de amor en vuestras almas!

Van saliendo todos. Roberto dice a su mujer:

—Quisiera que hablásemos un poco a propósito de... Juanito...

—Pero, ¿no le parecerá mal a Flora?—replica ella.

—¡Ah!, ¿desean ustedes hablar a solas?... Lo encuentro muy razonable...—observa Flora.

Lisa la despide irónica:

—Buenas noches, amiga mía... Me ha hecho usted pasar unos momentos deliciosos y pintorescos...

—¿De veras?... ¿Puedo saber qué concepto ha formado usted de mí?

—¡Oh!, me parece usted una mujer muy... muy original, en la superficie, pero que en el fondo se porta con una exquisita corrección...

—Los hombres son tan torpes, que nos colocan a veces en posiciones violentas... ¿Qué sucedería si no nos salvase nuestro tacto femenino?...

—Y ahora la dejo a usted... para que se entienda con él a su gusto...—termina Flora. Lisa, siempre irónica, responde:

—Es un gesto muy elegante por parte de usted el confiármelo...

—Lo único que le pido es que lo mande pronto a su casa... No le conviene trasnochar...

Roberto la calma:

—Vete tranquila, que me iré enseguida.

Ya a solas con su mujer, le ruega:

—Hablemos un poco de intereses, Lisa... Ya sabes que me tienes a tu entera disposición en lo que concierne al dinero...

—El dinero no me importa... Nunca he hecho caso de él, y además gano yo lo suficiente para poder vivir sin ayuda de nadie.

—Sin embargo, permite que en ésa cuestión sigamos como hasta ahora... Déjame al menos que sea tu administrador, ya que no puedo seguir siendo tu marido.

—¡No, decididamente, no!... ¡No quiero que pagues mis deudas!

En esto suena el teléfono. Flora llama a Roberto, que le dice:

—Sí... sí... Nos arreglamos bien y de prisita... Ya estamos casi al final de la entrevista...

Flora le recuerda por teléfono.

—Te espero a las diez de la mañana, para ir juntos al juzgado. Y ahora véte prontito a casa...

—Bueno, me voy... ¿No tienes nada qué decirme?—Y cuelga el auricular, mientras Lisa exclama:

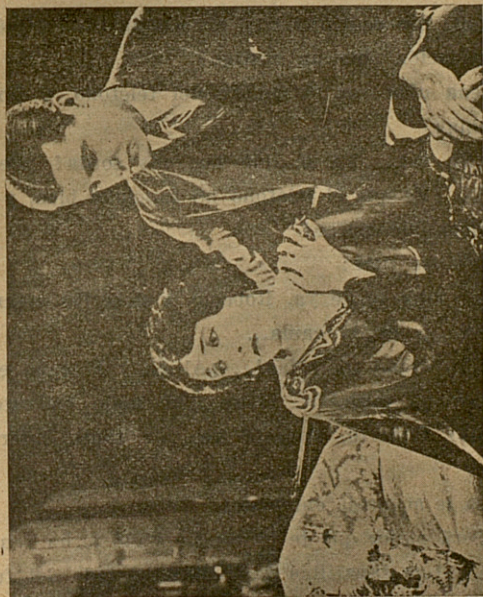
—¡Adiós novela! ¡Adiós amor! ¡Adiós juventud!... ¡El telón ha caído sobre el primer acto de nuestras vidas!

Roberto, galantemente, le dice:

—Eres bonita como una mariposa... pero como una mariposa eres inquieta y voluble... Tu corazón está dormido... En cambio tu cabecita loca fabrica sin cesar ensueños y quimeras...

—¿Te has quedado para echarme un sermón?—inquire ella haciendo un mohín de disgusto. Y luego:

—Soy lo que tú quisiste que fuese... Y todavía



sigio siendo barro en tus manos, que puedes modelar a tu antojo... ¿Por qué no lo intentas?

—No te censuro, Lisa... Precisamente lo más encantador de ti está en tu carácter...

—¡Sí, me censuras... y me castigas!... ¿Qué es tu separación sino un castigo?

Suena otra vez el timbre del teléfono, y Roberto, habla:

—¡Sí, sí!... Ya sé que no eres sorda! ¡Perdóname!... ¡Es que el teléfono no funciona bien, y por eso tengo que gritar!

Flora, le dice:

—Es muy tarde ya, Roberto, y deberías estar en tu casa... y en la cama...

—¡No digas tonterías!... ¡Al fin y al cabo estoy sólo con mi mujer!... ¿Hay algo malo en esto?—preguntó Roberto, molesto ya por tanta interrupción.

Lisa le aconseja entonces:

—Será mejor que te vayas. Lo viejo te ha vencido al fin... Las zapatillas y el sillón al lado del fuego han sido más fuertes que el amor y la aventura...

—¡Voy a demostrarte que todavía soy joven y que nada me importa en el mundo fuera de ti!—exclama él con ardor.

—¡Dime que me quieres!... ¡Dime que todavía no

es demasiado tarde!—responde Lisa, brindándole los labios. Pero suena por tercera vez el timbre del teléfono y Roberto, irritado, tapa el aparato con su sombrero, abraza a su esposa y enlazados y amorosos entran en el dormitorio de ella, cuya puerta se cierra por toda la noche.

FIN

La película selecta

es la mejor novela cinematográfica, es la única que publica tricolor y se vende al precio de 25 céntimos ejemplar, cuando los demás cobran doble precio y aun más cuando la presentan con la portada en tricolor como hace

La película selecta

en sus números corrientes.

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias
20 céntimos número



Suscripción:
2'50 pesetas
| trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRATUITO con las 16 composiciones más populares de la temporada



EDITORIAL PEG

Gran Vía Layetana, 23 - Teléfono 1496 A.
BARCELONA

IMP. JOSÉ SOLÁ GUARDIOLA. — SÉNECA, 11, BARCELONA